

Acompañado de Barbazul, un vigoroso caballo capaz de soportar sus casi dos metros de estatura y sus más de cien kilos, Abel conseguirá que lo destinen al castillo de Kaltenborn, donde bajo la atenta mirada de su aristocrático señor, el conde Herbert von Kaltenborn, se educa a cuatro centurias de las Juventudes Hitlerianas. Asistidos por el *Doktor Otto Blättchen*, el director del centro y todos los mandos del instituto buscan el *Homo Aureus*, ese hombre superior donde la especie humana alcanzará su excelencia. Las tesis de Finkielkraut, según el cual la barbarie del pasado siglo hunde sus raíces en el culto al progreso, se confirman con extravagancias de un régimen que justifica el sacrificio de lo individual en el altar de una entelequia llamada Humanidad. Sin embargo, esta idea no se muestra como un itinerario lineal, sino como un círculo que disuelve las contingencias de la historia en las formas perennes de la eternidad. La masacre de inocentes, la estridencia de la guerra, su furor mitológico, sólo es un holocausto –una ofrenda– donde las brasas humeantes renuevan la alianza con la tradición y los vínculos con la tierra. Es el eterno retorno de lo mismo, que permite el regreso de los muertos y que revela el verdadero sentido de la sangre, ese líquido oscuro que garantiza la continuidad de las cosas. La juventud sacrificada compone una melodía tan antigua como los cantos fúnebres de los héroes de Troya. No hay dolor en esa música, pues los que se despiden de los muertos saben que el sacrificio trasciende lo individual. Es de nuevo la lección de Cástor y Pólux que superan su diferencia ontológica (sólo Pólux, como hijo de Zeus, conoce la inmortalidad) mediante la fusión cósmica. Unidos para siempre en forma de constelación (Géminis), su luz iluminará el firmamento hasta el fin de los días. Gracias a su camaradería –ambos combaten a los piratas y conquistan ciudades–, obtendrán ese destino inmortal que sella definitivamente la escisión abierta por la desigualdad de su origen.

Abel vive su creciente poder sobre los niños –la evolución de la guerra le ha convertido en algo más que un prisionero– como una teofanía. Su trayectoria cada vez le acerca más a esos esclarecidos hermeneutas, que le han ido mostrando el valor de los signos, su paradójica fuerza. Néstor y Göring, la mística de la esvástica, han ejercido sobre él la tutela del maestro que prepara el camino a su aprendiz. Sin embargo, ya no necesita su guía. Abel ya es un ogro con un alma inmortal. El conde de Kaltenborn, *Komandeur* y señor del castillo, le sacará de su error. «Todo está en los símbolos»<sup>6</sup> –le confirma–, pero los símbolos escarnecidos se transforman en fuerzas malignas. Cuando se produce esta inversión, los signos «ya no simbolizan

<sup>6</sup> Tournier, M., *ibid.*, p. 375.

nada»<sup>7</sup> y utilizan a sus portadores como mensajeros de la destrucción. La cruz gamada es «la antítesis flagrante de la Cruz de Malta resplandeciente de calma y serenidad»<sup>8</sup>. Los nazis han pretendido restaurar el pasado, pero su miope lectura de los signos sólo ha desatado las fuerzas del Apocalipsis. Abel descubrirá que el niño no es la ofrenda predestinada al sacrificio, sino el heraldo de la vida y que, por consiguiente, su valor es sagrado. Nada puede justificar su inmolación. La *foria* que ignora este principio invierte su sentido original y se convierte en cruel dominio, el acto *antifórico* que olvida la vieja sentencia paulina: «¡Aunque yo soy libre respecto a todos, me he hecho siervo de todos!» (1 *Corintios* 9, 19). Cuando Abel camina sobre las espaldas de los niños, demorando sus botas sobre sus espaldas, ha llegado a la perversión radical de la *foria*, cuyo origen –San Cristóbal llevando al Niño Jesús sobre sus hombros– se identifica con la vocación de servicio nacida de la humildad.

Abel saldrá de su monstruoso error a través de un superviviente de Auschwitz, un niño judío –Efraím– evacuado del campo y abandonado al pie de un camino. Tiffauges lo recogerá y lo ocultará en el castillo. Gracias a sus cuidados, se irá recuperando poco a poco y le relatará su espantosa experiencia: las listas, las selecciones, el pelo de los prisioneros reciclado por la industria militar, los dóberman adiestrados para despedazar a los que intentaban la fuga, los experimentos del doctor Mengele con los gemelos, las duchas convertidas en cámaras de gas y dotadas de mirillas a través de las cuales los guardianes y algunos curiosos venidos de Berlín observan la agonía de los condenados. Abel descubrirá una monstruosa analogía entre la organización de ese infierno y la disciplina de Kaltenborn. Él también disfrutaba pasando lista a sus pupilos y seleccionando, entre los muchachos de los alrededores, a los nuevos alumnos, una tarea para la que utilizaba perros adiestrados que perseguían a los que se resistían. También sentía fascinación por los gemelos y había realizado un orificio en las duchas para contemplar a los niños mientras se lavaban. Su pasión por ellos le había llevado a emplear su pelo como relleno de su almohada o a dormir directamente sobre esos mechones celestiales (cabello de ángel, rizos de pureza inmaculada) que le arrancaban lágrimas de alegría. Su tacto sobre su cuerpo desnudo le producía algo más que voluptuosidad. Era una forma de comunión y no tenía nada de obsceno.

Sin embargo, Tiffauges se ha equivocado de bando, pues las víctimas de la esvástica son judíos y gitanos, pueblos nómadas descendientes de Abel,

<sup>7</sup> Tournier, M., *ibid.*, p. 376.

<sup>8</sup> Tournier, M., *ibid.*, p. 377.

que de nuevo han sufrido la ira de Caín. El primogénito de Adán y Eva, fundador de la primera ciudad y primer agricultor, continúa su vieja querella, aplastando a los hijos de su adversario mítico con las armas de la ciencia. Tiffauges no forma parte de su estirpe. No es de condición sedentaria, sino un nómada que también ha sufrido la violencia de los que huyen de la mirada de Yavé, levantando ciudades y construyendo imperios. Portador de la Estrella, aquel niño judío le ha revelado el verdadero sentido de la *foria*: sostener el peso del mundo, como el atlante que sobrevivirá a la destrucción de Kaltenborn. Esa tarea no se basa en la fuerza, sino en la ternura, pero la Alemania de la esvástica sigue creyendo que el peso del mundo sólo puede descansar sobre una mano de hierro. Por eso, cuando aparece el cadáver de un antiguo germano en las turberas de Walkenau (Prusia Oriental), acompañado de un cuerpo indefinido, el profesor que lo examina lo identifica con un rey sacrificado en una ceremonia solemne. Exhumado cerca de un bosquecillo de alisos, será bautizado como *Rey de los Alisos*, de acuerdo con el título de la más misteriosa balada de Goethe. Las circunstancias de su muerte –todo indica que el óbito había sido precedido por una colación ritual– insinúan un sugestivo paralelismo con la Última Cena que precedió a la Pasión de Cristo. Se trataría de la aurora de una nueva religión basada en las tradiciones de los países nórdicos, un dogma fundado en la fuerza y en el culto a la tierra. Esta nueva fe se opondría a la doctrina del joven rabí oriundo de Belén. La buena nueva, cuyo emisario será el hijo de un aduanero (Hitler, al igual que Cristo, tiene orígenes humildes), no es más que un viaje a un pasado donde no hay sangre inocente. Sólo la vida es inocente y la sangre vertida renueva la alianza del hombre con las fuerzas telúricas, dioses oscuros que entienden la crueldad como la expresión más pura y más libre de una humanidad emancipada del resentimiento.

El destino de Abel, que se hunde en las turberas bajo el peso de Efraím, actualiza el mito de San Cristóbal y repudia los valores del viejo culto germánico. Tiffauges estaba extraviado y sólo a través de Efraím, víctima sacrificial de las religiones del Norte, se convertirá en un nuevo *Cristophoros*. Portador de la inocencia, su muerte renovará las bienaventuranzas del Evangelio: el valor de la dulzura, de la misericordia, de la pureza de corazón. Abel muere bajo el peso de un perseguido, un hijo de Israel estigmatizado por la estrella de David, cuyas seis puntas resplandecen ante la barbarie de la cruz gamada, esa araña convulsa que se retuerce como un demonio ridículo. Es la victoria del hombre frente al culto a la vida, pero Tiffauges no es su nuevo Mesías. Abel sólo es Behemoth, un monstruo algo estúpido que ofrece sus fuertes espaldas al Niño perseguido. Su papel es semejante al de Simón de Cirene, que portó la cruz hasta el Gólgota. Fren-

te a la inmolación de inocentes, la búsqueda del Otro, la disposición a soportar su sufrimiento, hasta la desposesión de uno mismo. Tiffauges es un penitente que expía su culpa, abdicando de lo que hasta entonces le había constituido. No se trata de la disolución en la masa que se funde en una consigna, sino de la comunión con otro semejante, cuya exterioridad rompe la enajenación del individuo uncido a la falsa utopía. Es probable que Tiffauges no ignore la confusión que provocará el hallazgo de sus restos y los de Efraím en las turberas. Una vez más se impondrá la necesidad de interpretar los signos. Aunque las apariencias apenas difieran, Tiffauges no es un nuevo Rey de los Alisos, que se hunde en la tierra junto a un inocente inmolado en un rito de significado impreciso. Tiffauges es San Crisóstomo, que ofrece su cuerpo y su vida al exluido, al enfermo, al «musulmán». Su acto no es un acto de fe, sino el doloroso reconocimiento de que, entre todos los signos, no hay otro más elocuente que el humano existir.

Tournier se inscribe en una tradición muy francesa: la vocación pedagógica, moralizante. Al igual que Gide o Camus, utiliza la ficción para construir una imagen del mundo, capaz de combinar el diálogo intertextual y el propósito ético. El descrédito del compromiso intelectual recusa cualquier alianza entre ficción y moral, pero ante la pervivencia del honor (Srebrenica, Yénin), conviene recordar las palabras de Thomas Mann: «Nosotros hemos conocido el mal en toda su miseria, y ya no somos lo bastante estetas para tener miedo a proclamar nuestra fe en el bien, como para avergonzarnos de conceptos y de pautas tan triviales como la verdad, la libertad y la justicia»<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Thomas Mann, Schopenhauer, Nietzsche, Freud, Barcelona, Bruguera, 1984, p. 168.